

Corazón de cristal

Luisa María Salas Paz

Estudiante de Derecho

Primer puesto

Podía haber elegido disparar el arma después de haber besado sus labios, pero lo acepto, aunque deteste perder, él ya me había disparado demasiadas veces, siempre cuando me miraba en la mañana. Podía haber elegido enterrar una daga tras su espalda, pero me volvía humo cuando él no estaba, encontraba paz entre sus brazos y mi corazón de cristal vibraba en calma, apasionada, acurrucada entre su pecho, me susurraba la vida que era el lugar y el espacio correcto, pero aún no descifro el acertijo, tengo problema con volver a ver por la ventana emociones encontradas cuando tu recuerdo se dibuja en las gotas de agua. Confieso que no hay lugar más seguro que tú, no hay más paz que tus palabras, pero toda la madrugada corre en un desaforado silencio estremecedor que no me deja pensar en otra cosa más allá de tus manos jugando con mi cabello.

Puedo declararme inocente ante un asesinato premeditado, soy la víctima de un cuento de héroes sin capa, un cuento al revés, un mundo que gira en dirección contraria a mi bienestar; corre por mi cuerpo la duda si yo soy la mujer asesinada de la historia ¿Por qué la víctima es él? Ya no hay fuerza en mis pulmones para pronunciar una sola oración ni siquiera una palabra para defender mi honor. He gastado mis pulmones gritando canciones al viento para ver si algún día llegan a ti.

Entiendo si mi historia aún no es comprensible, intento desmenuzar los sucesos en calma, pero confundo las palabras, llevo años enterrada, siempre en su olvido, resignada a vivir cerca de su oído sin ser nunca escuchada, ignorada frente a sus ojos.

Intrínseca noche, he muerto miles de veces recordando aquella conversación dentro de su coche, solemnemente hago todo lo humanamente posible por

contar bien mi historia, pero desvarío recordando nuestros momentos juntos. Me siento ansiosa y estresada al ver su rostro, cansado de mis rodeos. No quiero interferir en la continuidad de este suceso, pero ya no puedo soportar el peso de su recuerdo. Me llena de emociones: me pone sentimental, fría, callada, habladora y cansada.

-Sí -pensaba- sí puedo continuar con esto, tengo qué hacerlo, ya no es una opción, tengo que terminar para por fin liberarme. Mi alma lloraba al recordar cada detalle de la persona que descubrió mi corazón de cristal. Perdía el corazón al desnudar mi tristeza, y cada vez que lo hacía, siempre había grandes lapsos de silencio.

-Continúe -me decía-.

-Pero ni siquiera había comenzado -pensaba-.

-Fuerza -me decía- una vez más inicia.

Él estaba loco y yo estaba amargada, caminaba una noche, perdida en la calle donde murieron muchas cosas en mí. Entre abrumadoras luces típicas de una ciudad, en hora pico, lo conocí y me escuchó, salvó mi alma y me entregué en él. Después estaba caminando hacia el altar, vestida de rojo, con girasoles, mis ojos brillaban como las estrellas en una luna de miel. Nunca había problemas, siempre y cuando nadie se acercara más de la cuenta. Quizá, yo era para él como una reina, pero yo siempre me portaba distante. Insisto, aun ahora, que el tacto es el peor asesinato que podría cometer hablando de una mujer como yo. El tacto, la única manera de morir sin desangrarse las venas, pero siento culpa.

¿De qué me estoy quejando? Si, al fin y al cabo, ninguno estaba en sus cinco sentidos, no teníamos las mejores facultades mentales, por eso estábamos juntos. Pero lo juro, no es un asesino; fui yo, que siempre he sido una suicida. Retomo todo. Era demasiado perfecto; nunca tuve que esconder quién era, pero siempre tuve que convertirme en quien ellos querían ver. Me dejé a un lado para poder vivir, y en medio de ese desdoblamiento, ella me interrumpió preguntando:

-¿Quiénes son ellos?

¿Quiénes eran? No tengo claridad en esa parte de la historia. Seguramente, se trataba de fantasmas que acechaban mi felicidad. El pasado sería, en este momento, algo poco menos que una cucharada más de sal para el mar, tan insignificantes como lo que él podía llegar a sentir por mí. Puedo jurar que habría dejado que encuentre en mí lo que estaba buscando; pero probablemente no llegó a esos estándares. Dígame: ¿quién soy yo para quejarme? Ya lo sabía, él siempre me lo recordaba, incluso esa madrugada cuando casi aclaraba el sol y tocaba mi piel, afirma sarcásticamente que no era tan inteligente, mucho

menos igual de hermosa que ellas, era algo así como la hiedra entre las rosas y las margaritas. Con ello, tengo que aceptar, no fue necesario poner una sola mano sobre mí, antes de tirar la banca, yo ya estaba muerta.

Confesaba mi demencia poco a poco, contengo las lágrimas, siento un enorme vacío, un nudo en la garganta que me corta las palabras. Recreo imágenes de cuando yo lo amaba, digo la verdad, no sería mi primer amor, pero realmente deseaba que alguien de verdad me salvara. Dígame usted, cómo no ser la pareja perfecta si teníamos la capacidad de ser lo que el otro necesitaba, como piezas de un rompecabezas que juntas cobra sentido. Tal vez me esforcé demasiado en ser la pieza que faltaba y se rompió. Sabía que podía ser peligroso, crear daños colaterales sin intención, pero confieso que tengo una rara adicción por ver todo arder; si es preciso correría miles de kilómetros para sentir el calor de sus llamas.

Noto desesperación en su rostro, mira el reloj constantemente, lleva horas sentada a mi lado y no llego a nada. Le he dicho mil cosas sin revelar concretamente qué hago aquí, pero ¿no es acaso su trabajo descubrirlo?

Si quiere una conclusión, le resumiré la historia de la manera más cercana posible:

Yo me he atado la soga por voluntad propia. Se lo digo como si, por azares del destino, él pudiera escucharlo, porque lo último que me queda es la fe, no sé cómo no se me ha escapado. Tomé aire, con cada vez menos oxígeno, iba comprendiendo que cuando pierdes a una persona lo menos probable es encontrarla en ella misma. Yo, que por mi parte te había perdido cientos de veces, siempre en la última escena de tus ojos rencorosos, vaciando tu veneno en mi vulnerable cuerpo. No le temí ni por un segundo; aún ahora que estoy atada a donde estoy, no le temería si sus manos volvieran a tocar mi cuerpo. Lo amo más de lo que puedo hacerlo a mí misma, era egoísta, lo quería solo para mí, pero jamás pude impedir que recogiera más flores del jardín. Quizás eso era lo que me tenía contando una desbaratada historia, era su esencia, su espíritu que causaba esa sensación. Era un lugar seguro al cual llegar en las noches; pero lamentablemente se alejaba constantemente, éramos como el sol y la luna, compartimos un espacio en el cielo, pero jamás en el mismo lugar.

Tengo que aclarar a mi favor que evité miles de noches caminar por la misma acera que él, pero no podía evitarlo, cuando se acercaba a mí, no podía huir de ahí, estaba atrapada en el mismo círculo vicioso. Amaba sentir sus manos en mi cintura, me había encarcelado sin jaula y yo era feliz en cautiverio. Por eso, le repito, esa silla se ha resbalado bajo mis alas, y yo he decidido no abrirlas, él solamente fue el golpe inicial, solo quiero ser concreta al decir que me encuentro aquí por decisión propia, no merece estar allá, alejado de mí.

No esperaba que confíe en mis palabras, estaba rodeada de quebrantos, gritos y llantos, paredes que tenían su nombre en cada una de las baldosas.

Recalco, no me pregunto de donde saqué la tinta vino tinto para escribir. Ni por un instante sacó esas palabras de su cabeza, lo sé, porque sus ojos se cristalizaron al igual que los míos: los suyos cuando leía con disimulo, los míos cuando lo escribían.

Algunos nacimos con un corazón de cristal, otros son como una demoledora. Vivo sin entender quién sufre más, si yo que he muerto a tu voluntad o tú que vives a la sombra de mi muerte.

Lo entendió, quizás por eso seguía escuchándome. Sentía el calor del sol, que anunciaba la mañana, no ha sacado ninguna información, esta como inició, confundida, solo que ahora ha escuchado por primera vez en su vida como suena la voz de un muerto, ha tenido que vivir conmigo cómo se siente ver los colores del día con los ojos cerrados.

Ha entrado, es él, ha entrado y se me ha estremecido el cuerpo, me debe una explicación y no estoy segura de estar lista para escucharle, pero ella no lo nota, sigue escribiendo mis confusas afirmaciones, pero él está tras suyo y me desespera su presencia.

-Créeme que te quiero gritar, pero tengo los labios cosidos -le susurre sin ánimo de una respuesta-, pero camina hacia mí. ¡Carajo!, se me ha helado la sangre, no tengo fuerza para salir de ahí, no encuentro respuesta a nada en sus ojos. -Me he vuelto loca -pensaba- mientras observo que ella me presta más atención de la que pudo darme en toda una noche. ¿Sería por él? Yo necesitaba su presencia de tal manera que mis palabras cobraran sentido y eran válidas solo cuándo estaba cerca, pero recuerdo que no soy lo suficientemente inteligente como para pensar eso, así que dejo que se vaya y cuando consigo la valentía suficiente para tomarle de nuevo la mano, se ha esfumado y ahora ella tiene un crimen más que resolver.

-Es hora -afirma tomándome de la mano, la misma que se ha extendido en dirección al suelo desde mi cama-.

Ha entrado Julieta, ella me acompaña todos los días, no sé exactamente quién es o en qué momento ha entrado a mi vida, pero tengo un vago recuerdo de verla varias veces en mi habitación. Ella se viste como una enfermera, me pregunta por él y de qué manera ha desaparecido esta vez; lleva una especie de diario donde escribe mi relato, la forma en la que me reinvento para suicidarme sin tocarme un solo cabello, y finaliza siempre de la misma forma, con un pequeño vaso de agua y una enorme pila de píldoras.

Era hora, tenía razón, se me había terminado el tiempo. Ella tenía un informe y un dictamen. Yo, por mi parte, tenía algunos calmantes.

Ella se ha ido. Ahora estoy sola de nuevo, entre las mismas cuatro blancas paredes de todos los días, sin ventanas, sin colores, sin sonido alguno, sin viento, sin calor, sin nada a mi alrededor.

Escucho la puerta que se encuentra a mi costado abrirse y cierro los ojos como reflejo involuntario, tengo miedo, las venas se me congelaron solo de pensar que podía ser él; me encerré en la idea de que eran mis medicamentos los que estaban jugándome una nueva mala broma. Tengo que tomar fuerza, así que abro mis enlagunados ojos y lo veo en frente de mí.

Utilicé la poca valentía que me quedaba y con suavidad le dije:

Ahora que has vuelto y estamos solos, confieso que es difícil escuchar tu voz en la habitación de enfrente, sentirte tan cerca y tan lejos, espero puedas verme en tus sueños y entiendas que la forma en que cuento este asesinato es la menos cruel para mí que puedo encontrar. Además, me reafirma lo que dices en las tardes cuando sí logro tomarte la mano antes de verte envuelto en ceniza: soy una suicida y he saltado al precipicio de amarte sin pensar por un solo minuto cuánto tiempo en este mundo me quedaría. ¿Sabes?, he decidido lanzar mi corazón de cristal, te pertenece. Por mi parte, juego a creer que sigue estando en mí y te extraña, por eso tiemblo. Podría haber decidido disparar y descargar toda la pistola, podría haber decidido correr, pero dime ¿cómo controlar un cuerpo que ya no me pertenece? Saboree el sabor del dominio propio solo hasta que vi tu mano sobre ella, ahí aniquile mi vida sin quitarles ni por un segundo la mirada, aprendiendo a amar helada, en la oscuridad.

No encontré respuesta de su parte y creo que era de esperarse; pero en el fondo quería escuchar que yo le importaba, quería que él se justificara, quería volver a sentirme suya, quería más de él.

Mis labios no funcionan como aquella noche en la que le conté mi historia a esa extraña mujer. Recuerdo poco de ella, salvo las esposas que colgaban de su costado izquierdo. Supongo que mi mente comienza a dormirse, y eso era justo lo que quería lograr. Es mi forma favorita de seguir matando, una y otra vez, mi corazón de cristal, como si en verdad me perteneciera.

Ginebra